envuelto, y esta nube se extiende por el mar Muerto, invade lentamente las rocas de la playa, y va á posarse sobre la cima más negra y escarpada.

Satanás reune sus fuerzas, y con amarga ironía dice al Angel exterminador:

—«Esclavo bienaventurado, pues eres casi tan poderoso como tu Señor: esclavo, ¿qué mensaje me traes?»

Y Obaddon contesta:

—«Acuérdate del *aeón* de tu rebeldía. Entonces, la inmensidad de tu crímen te prestaba un poder terrible, aunque efímero; y sin embargo, yo no opuse más que el desprecio á tus impíos sarcasmos. ¿Cómo no despreciarlos ahora que no eres nada?... Escuchad, pues, Adramelech, y tú, Satanás, la órden que os traigo en nombre del Muerto que va á resucitar: Volved á los Infiernos, ó venid al pié del Gólgota. Seguid con la vista la punta de mi espada de fuego, que inclino hácia la Tierra, y tendreis la medida del tiempo durante el cual os será permitido contemplar al Hijo del Eterno: después volvereis á caer en el polvo. Retened vuestros bramidos, réprobos malditos; vuestro Señor no quiere que le adoreis: esta dicha la habeis perdido ya para siempre. Podeis rehusar seguirme; pero entonces, os lo repito, habreis de volver sin más demora á los Infiernos, donde os esperan las burlas de los condenados; pues todos conocen ya vuestra derrota y el triunfo del Mesías.»

Satanás, con los ojos fijos en la terrible espada del Angel exterminador, permanece inmóvil en su sitio.

Adramelech arranca de la costa un fragmento de roca, lo pulveriza contra su frente de bronce, y hiere el suelo con su pié haciéndole extremecerse. Quiere blasfemar contra el Eterno, y se le hiela la lengua.

Obaddon agita su espada de fuego, y exclama con voz tonante:

—«¡Seguidme al punto, ó volved á los Infiernos!»

Los dos príncipes de la tinieblas vacilan.

Abdiel-Abdadona avanza hácia ellos: su mirada tranquila, su continente grave y reposado prueban que no teme el furor de ellos; pero no los provoca ni con el gesto ni con la palabra, pues conoce que él no es su juez.

Acercándose al Angel exterminador, le dice con voz dulce y melancólica:

—«Eres un mensajero de venganza, y sin embargo conoces la piedad: tú escucharás mi ruego. Sí, pues que permites á estos dos réprobos contemplar al Hombre-Dios cuando despierte del sueño de la muerte, ¿por qué me has de negar á mí esa gracia? No temas que ose yo adorarlo; no, mi pensamiento se limitará á reconocer la mano poderosa que me arrojará en el polvo, cuando salga del sepulcro el Salvador del mundo.»

Estas palabras enardecen la rabia de Satanás, que acusa á Abdiel de bajo y cobarde.

Obaddon le impone silencio, y con voz conmovida que revela un resto de amistad y tierna compasion, contesta á su antiguo amigo:

—«No traigo órdenes para tí; todo lo que puedo decirte es que el Gólgota está rodeado de legiones de ángeles y de resucitados... Ya sea que Satanás y Adramelech me sigan, ó ya vuelvan á su tenebroso imperio, la resurreccion del Mesías comenzará el castigo de los Infiernos, que osaron pronunciar su sentencia de muerte. Tú no tienes parte en esta malicia, ya lo sé; y sin embargo, te mecerias en una vana ilusion, si esperaras que la vista del triunfo del Mesías te diera, aun momentáneamente, las dulces alegrías del Cielo.»

—«Yo no me atrevo ya á esperar nada, contesta Abbadona: sólo para mantener vivos los remordimientos que me torturan, quiero ver resucitado al que ha borrado los pecados del mundo.»

—«¡Miserable! exclama Adramelech: ¿olvidas que no eres ya esclavo de Jehová, sino mio? Obaddon, yo vuelvo á los Infiernos, y ¡desdichados de aquellos que me acojan con insultantes sarcasmos! Y tú, Abbadona, el más cobarde de los príncipes de las tinieblas, sígueme: voy á atarte con cadenas de diamante á las últimas gradas de mi trono, y mientras mi cabeza madure grandes proyectos, mi pié pisará tu frente hundida en el polvo.»

Abbadona le mira con una tristeza solemne, y dice:

—«Tus amenazas no me espantan. Tiemblo, en verdad, pero no ante tí, sino ante el Dios que va á resucitar.»

Satanás se decide á seguir á Obaddon, y á medida que se aproxima al sepulcro, las cicatrices con que el rayo vengador surcó su frente se hacen más profundas y negras.

Adramelech, que habia quedado inmóvil en su sitio, salta y los alcanza de súbito, porque en el fondo de su corazon infernal ha hallado una blasfemia horrible que quiere arrojar en medio de la santa congregacion del Gólgota.

El Angel de la muerte, que lee en su pensamiento, le dice con voz terrible:

—«¡Aparta de mí tu faz odiosa! ¡huye! Extíngase para tí la luz, y un prolongado grito de desesperacion te sirva de guia.»

Dice, y la más negra oscuridad ciega los ojos del réprobo. La tempestad brama; todos los terrores del Infierno le acometen á la vez, y aun crée oir al Angel del último juicio gritarle: ¡Maldito! ¡Maldito!; y crée ver desplomarse

sobre él las montañas y las estrellas, y arrastrarlo en su caida eterna á través de los abiertos abismos del caos.

Entre tanto, por la via solar de los Cielos, parte del trono de Jehová una nube, y desciende hácia la Tierra. Cuando este terrible mensajero de los decretos del Eterno viene á anunciar al infinito alguna nueva maravilla de la creacion, los mundos errantes suspenden sus armoniosos rumores. Todo es silencio en el espacio; porque la *Gloria* celestial se cierne ya sobre el Tabor, y los mundos la han visto pasar; ya ha salido una estrella de su eterno orbe, y se ha aproximado al Sol.

A estos signos proféticos, los resucitados levantan la cabeza, miran á los Cielos, y la nube que lleva el rayo en su seno avanza rápida como el pensamiento. El trueno brama, despertando los ecos de las montañas solares, y resuena á través de los arcos de estrellas aproximándose á la Tierra.

El divino Elohá, semejante á los soles cuando salieron temblando de la mano de su Creador para reinar sobre los mundos, precede al trueno, llega en medio de los ángeles y de los resucitados, y exclama:

—«¡La hora suprema ha sonado! Al primer brillo del alba matutinal, se despertará del sueño de la muerte el Salvador del mundo. Escuchad: ¡esa es la *Gloria* celestial, que á través del infinito desciende al sepulcro del Hombre-Dios!»

Dice, y la nube que partiera del trono de Jehová truena más dulcemente á medida que se acerca á la Tierra; pues esta saltaria en pedazos, si aquella no templara su voz terrible.

El trueno del Eterno calla, la tempestad silba y gime, y bajo su aliento poderoso todos los bosques de la Judea se

inclinan hácia el más santo de los sepulcros. La Tierra se estremece, y el monte Seir (1) y el formidable Hermon (2) tiemblan, y sus verdeantes cimas se doblegan bajo el soplo impetuoso del huracan; las olas del mar se levantan como si quisieran cubrir la cumbre del Carmelo; y el torrente de Arno, y el torrente de Egipto (3), y el Jordan mismo suspenden su rápido curso, y parece que quieran llevar sus espumosas aguas hácia las más altas montañas de la cadena del Líbano, que sorprendidas y espantadas extienden sus misteriosos temblores hasta el lejano Aman (4).

Sólo el sepulcro del Mesías permanece inmóvil. Gabriel mira con arrobamiento la roca que cierra su entrada, porque el divino Muerto le habia dicho: «Tú serás quien la hará rodar lejos.»

Los resucitados se prosternan con el rostro en tierra ante la divinidad del Redentor, cuya resurreccion les anuncian los estremecimientos de los montes y el rumor de los bosques.

El padre del género humano adora al Hombre-Dios, y su canto es triunfal y solemne como el de los serafines cuando celebran las maravillas de la creacion.

«Tú, que no fuiste jamás creado, tú te resignaste á ser un débil niño sin otro lenguaje que lágrimas y gritos. Apenas llegado á la adolescencia, causaste admiracion con tu alta sabiduría: después viniste á ser un maestro sublime, lleno de amor para con los hombres tus discípulos; un gran pontífice, que entró en el santuario para inmolarse á sí mismo, y tú te inmolaste en efecto, divino Salvador.

(1) El monte Seir está situado al Sur de la Palestina, y la separa de la Arabia Pétrea.

(2) Esta montaña se eleva al Oriente de la Palestina, y la separa de la Arabia.

(3) La Palestina sólo está regada por torrentes que se agotan en Estio, exceptuando el Jordan. El torrente Arno desciende de las alturas de Galilea, y va á perderse en el mar Muerto; el torrente de Egipto ó de Besor nace de la cadena del Líbano, y desagua en el Mediterráneo.

(4) Montaña de la Siria, allende la cadena del Líbano.

«¡Ah! ¿Cómo glorificar tu amor y tu misericordia? ¿Cómo celebrar todo lo que has hecho, todo lo que harás aun? Ya te anuncia la tempestad viviente, y del seno de esta tempestad saldrá un ruido celestial que llegará á tu cuerpo, y tu cuerpo se levantará del polvo del sepulcro...

«Ved cómo las estrellas se embellecen con el reflejo de esa magnificencia. ¡Que ante él se prosternen todos los séres creados! ¡Que ante él inclinen sus coronas todos los bienaventurados! Viene á libertar á los cautivos, viene á distribuir los dones de su misericordia á los pecadores redimidos.

«Llega, animacion divina; soplo de los Cielos, despierta al divino Muerto, que con sus resplandecientes llagas brille á la diestra de su Padre.

«Y tú, santo Extasis, el más santo de los hijos del Cielo, pon la mano sobre tus lábios, y espera en silencio la hora de la resurreccion.

«Y vosotros, sus escogidos, que andais aun en el polvo de la Tierra: amargas lágrimas llenan vuestros ojos, porque habeis conocido al divino Muerto; pero no conoceis ni su gloria ni la que él os destina.

«¡Bendigo los padecimientos y combates que os esperan! ¡Bendigo las victorias que coronarán vuestros santos trabajos! Cuando el tiempo acabe, entrareis en la vida eterna, y os sentareis en los tronos de oro que los Cielos os tienen preparados.»

Así canta Adam.

Eva se aproxima al sepulcro: el hálito de la resurreccion ha llegado á su oido, y la madre comun expresa así su alegría y su felicidad:

«¡Corre, corre más, fuente divina! ¡Inunda y levanta pronto la piedra sepulcral! Tú, que ruedas aun en las alas de la noche, llega, fuente divina, inunda y levanta ya la piedra sepulcral. Deja que las gacelas, extraviadas en el desierto y devoradas por la sed, apaguen su sed en tus aguas vivificantes. Fuente que brotas en un mundo mejor, ven á fluir en esta tierra de miseria; que á la sombra de tus orillas recobre su fuerza y valor el fatigado peregrino, y que la voz misteriosa de tus aguas divinas le confie los secretos de la eternidad.

«¡Resurreccion! que tu celestial reflejo ilumine de hoy más los ojos del moribundo, á fin de que el temor de la destruccion no quebrante su alma inmortal.

«Hora dichosa que vas á lucir en el mundo, hora de la resurreccion de Cristo, tú llevas en tu seno la salvacion del género humano.

«¡Oh hijos mios! ¡qué herencia tan rica os llega de los Cielos!

«¡Corre, corre más, fuente divina; inunda y levanta pronto la piedra sepulcral! ¡Que tus argentadas ondas se extiendan por el universo, y vengan á ser el océano del Eterno!»

Dice, y calla.

Gabriel se lanza á las nubes, y sale al encuentro de la *Gloria* de Dios.

Cuando haya dado su última queja la voz lamentosa, que desde la caida del primer hombre grita á los hijos de la Tierra: *¡Maldicion! ¡Maldicion!;* cuando el último suspiro de un moribundo ó el grito de un recien nacido no se ele-

La resurreccion. (Canto XIII.)

ven ya hácia los Cielos á cada gota del rio del tiempo que cae en el mar de esta vida de pruebas; cuando aparezca en el horizonte de la eternidad el primer albor del último dia, los mil y mil muertos del Señor se estremecerán de sorpresa y de júbilo: lágrimas inefables brotarán de sus ojos elevados al Cielo, y sus cantos de triunfo se unirán al llamamiento del metal sonoro.

Así se estremecen los resucitados reunidos al rededor del Gólgota; así lloran y cantan en el momento en que Gabriel rasga las nubes con su vuelo rápido, dejando rastros de luz detrás de sí.

Desde las lejanas márgenes del Eufrates hasta el fondo del santo sepulcro, la tierra se estremece y tiembla. Satanás, que ha seguido á Obaddon para ser testigo de la resurreccion de Jesús, cae abatido. Los soldados romanos se precipitan hundiendo la cara en el polvo. A la voz de Gabriel, la piedra que cerraba el sepulcro se agita y rueda lejos, y Jehová, el Dios inmutable, participa del arrobamiento de sus criaturas.

¡El Mesías resucita!

El eco de una roca solitaria puede repetir el himno de la tarde, que el piadoso pastor envia á los Cielos. ¿Podré yo describir la inefable dicha de los testigos de la resurreccion del Mesías?

¡Ah! es inútil que en alas del éxtasis quiera yo elevarme al infinito: la frágil naturaleza humana me retiene en el valle de los sepulcros, y me recuerda que no he sembrado aun para la gran recoleccion, esa sublime consecuencia de la resurreccion de Jesús.

Un profundo silencio reina en torno del sepulcro del Mesías; pero los inmortales brillan como las estrellas de la mañana que salieron primeramente de las manos de

su Creador, y el Mesías cierne su vuelo por encima del sepulcro abierto y vacío. Su cabeza, que durante su suplicio se inclinaba sobre su pecho, está circuida de una auréola celestial. El Mesías resplandece y deslumbra: la nube descendida del trono del Eterno le ha devuelto toda su magnificencia, á Él, cuyo nombre es tres veces santo; á Él, que nació en Bethlem, que padeció en Gethsemaní, que murió en la cruz y que el sepulcro nos devuelve. Cielos, prosternaos ante Él; arcángeles, templad las cuerdas de vuestras arpas, y para celebrar su gloria sean vuestros acordes más armoniosos que el dia en que saludásteis por primera vez la creacion acabada. Mortales, unid vuestra voz á la mia, y prueben vuestros tímidos acentos que el polvo tambien siente que vive el que ha hecho por nosotros más que por los ángeles, pues se ha hecho nuestro hermano. Un dia vendrá en que nos dé fuerza para expresar al pié de su trono la plenitud de nuestro agradecimiento.

Volviendo de su primer éxtasis, los resucitados cantan á coro:

—«¡Ya te has despertado! Tu sueño ha sido corto, y vuelves á ser como eras cuando lanzaste los soles en el espacio, y los mundos obedientes se pusieron á describir sus eternas órbitas. Por tí y contigo acabamos de entrar en el más bello y glorioso de los aeones de la eternidad.»

El coro de los resucitados calla. Los siete mártires unen su voz á la de su noble madre, y cantan así:

«Despiértate ¡oh Tierra! y comprende al fin tu triunfo. El Mesías te ha juzgado digna de recibirle para descansar un instante en tu seno maternal. Ya se ha levantado del polvo; los Cielos se inclinan ante él, y el suelo de la Judea tiembla bajo la huella de sus últimos pasos. Tierra, despiértate y comprende al fin tu triunfo. Tú eres la más jóven

de las hijas de la creacion, y sin embargo, los Cielos te llaman la predilecta del Creador. Ya se cuentan muchos de tus hijos entre los escogidos, y estás predestinada á ser la madre de numerosos inmortales, que enviarás al pié del trono del Mesías. Regocijaos, bóvedas sepulcrales, pues en vuestro seno resucitarán los muertos. Y tú, globo terrestre, tú te alzarás sobre las ruinas del último juicio; de tus abiertos abismos saldrán regiones nuevas; el Sol no será ya tu señor ni la Luna tu compañera obligada; la magnificencia de Dios te calentará, y te alumbrará Aquel cuya sangre ha corrido en la cruz.»

Así cantan los piadosos héroes que ya llevan la palma del martirio, mientras que Estéban, el primero que merecerá estas palmas inmortales, ignora aun la gloria que le espera. Este momento está, sin embargo, próximo. Tu carrera, noble Estéban, será penosa, pero breve: muy luego el Cielo se abrirá ante tus ojos moribundos; verás á Jesús á la diestra de su Padre, y la última piedra lanzada por una mano furiosa enviará tu alma cerca de tu divino maestro.

Jedidoth, el más jóven de los siete mártires, Benoni y la hermana de Lázaro se sientan en los bordes de una nube purpurina, enlazan los brazos, y se dejan llevar sobre el sepulcro abierto y vacío. Allí se prosternan, y sus ojos siguen con arrobamiento al Salvador, que se dirige al monte Tabor.

—«Benoni, Jedidoth, exclama María: ¿veis á nuestro divino Señor? El esplendor de su magnificencia nos deslumbraria; pero lo suaviza para nosotros y para todas las tiernas flores de la celestial Saron (1). Acaso se muestre bajo otra forma á los cedros de los Cielos.»

(1) Como se dijo en otro lugar, Klopstock da á las diversas partes del Cielo los nombres de las comarcas, montes, ciudades y rios más célebres de la Palestina.

El divino Elohá llega cerca de María, se sonrie con satisfaccion, y le dice:

—«Tú comprendes la naturaleza del Hijo del Eterno. Él es para cada una de sus criaturas el objeto en que ella ha reunido todas sus afecciones; la criatura no le ve tal como es, sino como tiene necesidad de verle para que su felicidad sea perfecta; porque él es la perfeccion y la bondad infinitas, el Hijo del Eterno, el Hijo del Increado, increado y eterno como su Padre. Ante este misterio, vuestra intuicion se detiene y reconoce los límites que separan á la criatura de su Creador.»

Y María contesta:

—«Divino serafin, aunque esos límites sean mucho más estrechos para mi pensamiento que para el tuyo, yo los bendigo. Para mí es una felicidad muy dulce adorar á la Divinidad que nos colma de sus beneficios sin que podamos comprender su omnipotencia.»

Los resucitados se reunen sobre el sepulcro en que dormia su Salvador, y se comunican los éxtasis que no es dado adivinar á ningun mortal.

Abraham junta las manos, y envia á los Cielos esta plegaria:

—«Hijo de Jehová, hijo mio tambien, tú descendiste de tu trono para venir á morir por nosotros: los aeones del pasado no tienen nada semejante que contar á los aeones del porvenir. Ya alcanzas el premio de tu sacrificio, y nos haces testigos de tu gloria, á nosotros, por tí redimidos. Te vemos marchar por la via solar, y tus rayos nos traen alegrías más dulces que las de los serafines cuando te adoran en tu gloria.»

Adam se prosterna al pié de la cruz; y levantando una mano hácia Jesús, y extendiendo la otra sobre la Tierra, dice:

—«Juro en nombre de nuestro Salvador, que la muerte está vencida: ya no es más que en dulce sueño. El dia del juicio universal, despertareis todos vosotros, los que dormís aquí abajo.»

Desde su resurrecion, el Mesías avanza por grados hácia su Padre. Los resucitados, el mismo divino Elohá procuran en vano expresar en sus salmos la extension de las glorias que le esperan: su voz es demasiado débil para celebrar esta fiesta de la Divinidad.

Musa de Sion, enseña á mis trémulos lábios á repetir los cantos más tímidos, que del fondo del polvo intentaron celebrar la elevacion del Redentor; enseña á mis ojos mortales á adivinar el camino inconmensurable que siguió á través de los Cielos.

En el momento en que Jesús salió del sepulcro, el Angel de la muerte hirió á un pagano famoso por su alta virtud y justicia. Un querubin recibe su alma, y la conduce ante el Mesías. A vista del Hijo del Eterno, el alma del pagano se vuelve hácia su guia, y le dice:

—«Brillante desconocido, dime quién es ese hombre que va por la via más espléndida del Empíreo. A pesar mio cautiva mis ojos y mi pensamiento. Adóralo conmigo, pues comprendo que es el más grande de los dioses.»

—«Es tu juez,» contesta el Angel.

—«¿Mi juez?... Tú que me obligas á seguirte por la sola fuerza de tu mirada, acaba de ilustrarme. ¿Es Minos el que veo delante de mí? ¿Hemos pasado los sombríos pórticos que conducen á las entrañas de la Tierra? ¿Extiende á nuestros piés sus negras ondas la Estigia? Y los terribles juramentos de Júpiter ¿revolotean por encima del rio infernal?... Espíritu cruel, ¿por qué ese obstinado silencio? ¿Has recibido la órden de precipitarme en los abrasadores torbellinos del Flegeton?